

SOBRE LA DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. ANTONIO GARRIGUES Y DÍAZ-CAÑABATE

Es indudable que la doctrina social de la Iglesia, desde León XIII hasta la *Centesimus annus*, ha tenido una gran y justificada importancia. Querría hacer algunas acotaciones marginales. En los Evangelios no hay ni una sola palabra de condenación de la esclavitud, que era el sistema social y económico de la época, una época esclavista que ha durado desde el principio de los tiempos hasta la Guerra de Secesión americana, es decir, hasta ayer. Tampoco hay en ellos una sola palabra de condenación del Imperio Romano, que domina de una manera arbitraria y despótica sobre el «pueblo elegido» y la tierra que «mana leche y miel». En la presencia del Señor ante Herodes y en el dramático diálogo con Pilatos no se dice nada contra el Imperio Romano, máximo representante del paganismo. El enfrentamiento del Señor es con su pueblo, el pueblo judío, no con Roma, el pueblo pagano.

Es verdad que la misión de la Iglesia es la de adaptarse a los tiempos y éstos cambian constantemente. La misión que ha recibido de «id y predicad a todas las gentes» hay que entenderla como a todas las gentes y a todos los tiempos, pero el fondo del mensaje de salvación es siempre el mismo y va dirigido al hombre histórico, que también en el fondo es siempre el mismo —la naturaleza humana cambia menos de lo que se piensa—; Platón, Aristóteles y Séneca son bien actuales.

Los principios básicos del mensaje de salvación están al margen del tiempo y del espacio: como nos ha dicho el Cardenal don Marcelo, se trata de un problema de teología moral que ningún sistema económico puede ignorar. Si el capitalista abusa de su posición en la distribución de la plusvalía, está sencillamente robando contra el mandamiento que prohíbe hacerlo, lo mismo que el trabajador que no cumple con su trabajo.

Yo comprendo que las doctrinas sociales y económicas, desde la Ilustración y sobre todo a partir del marxismo, han tenido una fuerza social e intelectual tan

extraordinarias que era necesario afrontar el problema como lo hizo León XIII y se ha hecho, sucesivamente, en los textos invocados por la *Centesimus annus*.

Lo que quiero decir es que hay gente que esa expresión de «doctrina social de la Iglesia», cuyos límites siempre ha establecido ésta, la han confundido con la creación de una doctrina social y económica propia y *sui generis*; problema, insisto, de teología moral, ajeno a la misión salvífica de la Iglesia.

Entre los comentarios periodísticos que ha leído, y creo que he leído casi todos, sean positivos o negativos, circula esta suposición de que la Iglesia trata de encontrar una vía media entre capitalismo y socialismo, y que ahora que el socialismo real ha caído por su base, la Iglesia trata de orientar el capitalismo cristiano y católico. Yo sé muy bien que esto no es así, que la Iglesia esta diciendo básicamente lo que ha dicho desde sus orígenes, pero que esta confusión se produce yo creo que es evidente. Movimientos como «Cristianos para el socialismo» y como la «Teología de la liberación» son una clara expresión de esta problemática.

Jesús vive evidentemente en la pobreza, pero una pobreza *sui generis*, como es natural. Invita a comer a cuatro o cinco mil personas; se decía de él —lo acusa él mismo— que era borracho y comilón, no porque lo fuera, sino porque comía y bebía muchas veces con los ricos. Sacaba dinero de la boca de un pez, y es seguro que Judas, que le llevaba la bolsa, sacaría todo el dinero posible de los centenares de milagros que hacía el Señor.

Su pobreza no era la del mendigo, sino la de haberse hecho hombre, compartiendo la condición humana desde el Reino de Dios. Su dominio de los elementos cuando se desataban, o su capacidad de andar sobre las aguas, y tantas otras cosas, muestran tanto su pobreza real como su señorío no menos real. Él es pobre entre los pobres —«esos pobres que tendréis siempre entre vosotros»— y, al mismo tiempo, es dueño del mundo, el Señor de todo lo creado.

Lo que tiene que quedar bien claro con respecto a la última encíclica del Papa reinante, así como de los demás documentos pontificios digamos sociales, es que la Iglesia con León XIII no «descubre» el problema de la justicia social, porque la Iglesia, desde su fundación, no ha hecho más que predicar la justicia, toda justicia, conforme a las palabras evangélicas: «Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.»